



**A**l cabo de siete años y medio vuelvo a este melancólico despacho de la rectoral de la vieja Universidad de Salamanca, a este rinconcito recatado y triste, siempre en penumbra, a esta celda, donde tan intensas horas viví durante catorce años y desde donde tantas y tan ruidosas campañas planicé e inicié. Es un cuartucho pequeño, una verdadera celda

monacal, con una sola ventana abierta a una de las más típicas calles de la ciudad, a la calle de Libreros. En frente, del otro lado de la calle, se alza la mole de la Universidad que quita a la ventana de esta celda lo más de la luz del sol de Dios. Detrás de la Universidad la ingente torre de la catedral que ayuda a esa expulsión del Sol. Entre la Universidad y la Catedral me privan de lo más y mejor de la luz del cielo, a tal punto que hoy, 18 de enero, a las once de la mañana, tengo que estar escribiendo esto con luz eléctrica. Y menos mal, pues hace un siglo tendría que escribirse aquí a la luz de un cirio.

Entré aquí, al cabo de siete años y medio que no pisaba esta celda, y sentí caer sobre mí el peso de esos siete años y medio más el de los catorce que ocupé la otra vez esta rectoría. Los sentí caer sobre mí y los sentí resbalar. Todos esos veintidós años me parecían no un año solo sino un solo momento, algo fugitivo y etéreo, más bien fantasmático, que se alejaba y perdía cantando en silencio. Cantando en silencio, si, aunque la expresión pueda parecer algo paradójica, y más que paradójica, absurda. Era como la permanencia en el cinematógrafo.

El cinematógrafo nos da el movimiento de una figura porque hace seguir distintas posiciones sucesivas de él, pero si una figura permanece inmóvil ante la cinta que corre por la cámara obscura, inmóvil aparece en el cine. Pero ¿es esa inmovilidad la misma que la de una proyección también inmóvil? El retrato que vemos inmóvil en la pantalla, aunque la cinta corra, porque el retrato se mantuvo ante ésta inmóvil, ¿es acaso lo mismo que el retrato de la proyección de una placa inmóvil? En el primero hay algo de la misteriosa vibración del sucederse de momentos idénticos, de ese vivir de un paisaje inmóvil. Y así, como en retrato cinematográfico, como en inmovilidad de la fusión, a través del tiempo, de momentos sucesivos idénticos, como en extraña y vibratoria quietud cinematográfica cayeron sobre mi alma, al volver a pisar al cabo de siete años y medio este despacho, esos veintidós años, es decir, mi vida, lo más de mi vida pública. Y ello

## La mosca bicentenaria

Por Miguel de Unamuno

ser bicentenaria, es decir, debía de tener lo menos doscientos días de vida. No recuerdo haber visto en este clima moscas más adelante de Navidades o de fin de año.

¡Pobre mosca bicentenaria y solitaria en esta obscura celda! ¿Y si pudiese, por un milagro de longevidad mosquera, llegar a ver volar las nuevas moscas, las que nacerán en la próxima primavera? Me acordé de aquel sentidísimo poema de Oliver Wendell Holmes en que hablando de un anciano a quien conoció en Nueva York, anciano que vivía y vestía a la antigua usanza, le compara con aquella última hoja amarilla y seca que sin acabar de desprenderse del árbol en que nació y de que vivió llega a ver como en ese árbol nacen las nuevas hojas de primavera, llega a sentir su amarillez de pasado el toque del verdor de porvenir del nuevo follaje.

¡La soledad de la mosca bicentenaria! Estábamos solos en este silencioso y melancólico despacho la mosca y yo. Y ella marchaba, vacilante y como soñadora, por encima de esta carpeta en que ahora estoy escribiendo esto. ¿Era una señal del cielo? ¿Era un agujero?

Esa mosca, fuese macho o hembra, mosca o mosco, dejó sin duda, en el radiante y ardiente verano, su prole, o puso o hizo que otra pudiera poner los huevecillos de que luego nacen esos gusanillos — los del queso, el jamón rancio, etc. — que se hacen moscas. Y quien sabe si esperaba poder ver, por milagro de longevidad, volar su prole! ¡Una mosca que conozca a sus hijos! ¡Unas moscas que conozcan a sus padres!

Y bajo el peso de la visión de quietud cinematográfica de este despacho, el mismo de hace veinte años, y teniendo delante a la mosca bicentenaria sentí toda la amargura de las aguas del mar de la eternidad en que al cabo todos naufragamos. Sus olas empenachadas de espumas son los días, los años que pasan, iguales unos a otros, y más resonantes y tumultuosos cuando se rompen en los acantilados de la costa; sobre ellas se respira aire y se toma sol, pero dentro de ellas, en su seno, el amargor salino del mar de la eternidad.

¡Pobre mosca!

me trajo la pesadumbre de la soledad radical en que todos vivimos.

Pero hubo algo que se me presentó como visión agorera y simbólica y fué una pobre mosca, una mosca decrepita y solitaria, que no podía ya volar, que marchaba sobre la camilla que aquí me sirve de mesa de despacho, con paso vacilante y agónico. Esa pobre mosca, a más de mediado enero, debía de

("Caras y Caretas", Buenos Aires (R.A.) 29 abril 1922

N.º 1230 UNIVERSIDAD DE SALAMANCA